

Fernando M. Cano-Romero Méndez **Sevilla 3 de Mayo de 1985**

- 1.- Pórtico.**
 - 2.- Sevilla.**
 - 3.- La Sevilla mariana.**
 - 4.- Las Glorias marianas de Sevilla.**
 - 5.- Llamada a la Sevilla del mañana.**
-

1.- Pórtico.

La manita gordonzuela del niño se apoyaba temblorosa sobre la hoja de los Santos Evangelios del Misal, en manos del celebrante, en el momento solemne de la Protestación de Fe y la renovación de los Votos Marianos.

A sus pocos años, cofrade de Sevilla, era la primera vez que, rodilla en tierra, vivía la ceremonia. Junto a él un hombre de mediana edad, con la emoción palpitando en sus ojos, asistía, testigo de excepción, al acto en que su hijo renovaba una tradición de generaciones y de siglos; él también, cofrade de Sevilla, vivía en los latidos de su corazón aquel instante. Un paso atrás un anciano de canosa cabellera que empezaba a inclinar su cerviz por el peso de los años, incapaz de evitar que unas lágrimas surcaran sus mejillas, presenciaba también la ceremonia en que el nieto, tercera generación viva en su dinastía familiar, proclamaba públicamente su fe y renovaba su amor a María según el estilo y forma de la bendita tierra en la que vieron la luz él y sus mayores.

Ese rito, repetido una y otra vez, es la tradición enlazada en el tiempo de un pueblo que sabe vivir su fe pública y abiertamente a los ojos de todos. La Protestación de Fe, Nicea a lo sevillano, hasta el punto que, por evitar la evidente reiteración, se suprime el Credo en las Funciones que se formula, y la renovación de los Votos Marianos, canto popularísimo de auténtica sevillana a la Madre de Dios y de los hombres, es el mejor y más auténtico pregón que, a través de los tiempos, vienen lanzando nuestras Hermandades, con insistencia, anualmente en sus Funciones de Instituto.

Y por lo tanto Sevilla tiene, en esas sus mismas fuentes, el más sentido Pregón de las Glorias Marianas de la Ciudad. Por eso, porque Sevilla hace suyo el amor a María y en cántico exaltado de fervores, auténticamente cristocéntrico porque empezamos con Él y nos basamos en Él, pero profundamente mariano porque llega al delirio por su bendita Madre, surgen todo piropro y toda loa para la que al engendrarlo, en su seno virginal, hizo posible la gloria de la Redención.

Es la Ciudad con su enorme fe en Cristo y su desbordado marianismo la que deja traslucir el sentir del pueblo, el latir de sus gentes, del que emana y del que nace sin consideración de clases sociales, sin miras ni distinciones de estamentos, sin distingos de ideas políticas, sino todo el pueblo verdadero y legítimo de Sevilla el que ha hecho suya la frase que aquella mujer, surgida también de entre el pueblo, lanzó para ensalzar al Señor a través de su Madre.

Y Sevilla que sabe a Jesús buen Hijo, el mejor de todos los hijos de la Historia, va a Él, a alabarlo como lo hizo aquella mujer en los campos de Galilea, y haciendo suya, una a una, palabra por palabra, la frase de San Lucas en el versículo 7, del capítulo segundo de su Evangelio, la transforma en un dicho popular y sevillanísimo y viene así, desde siglos, dirigiéndose a Él sin recato pero con inmenso amor y diciéndole, como el mejor de los piropos, el que sabe que por buen hijo le ha de halagar sobremanera que es, a su vez, el que en Sevilla se emplea para elogiar a los hijos, cuando destacan por algo. Por ello que nadie se escandalice de que en Sevilla se le pueda decir a Cristo: ¡Bendita sea la Madre que te parió...!

Y es por eso, Excelentísimo y Reverendísimo Señor, Reverendos Señores, Ilustrísimo Señor Presidente, Junta Superior y Consejo General de Hermandades y Cofradías de Sevilla,

Cofrades, Señoras y Señores, es por eso -decía- por lo que me llegué a plantear en un momento dado la innecesaria presencia del Pregonero en este acto.

Porque Sevilla se viene pregonando ella misma por su pueblo, sus gentes y sus hechos y quizás el más bello Pregón de sus Glorias Marianas es el que se vive y se desarrolla cada día en cada lugar, en cada Iglesia, en las Hermandades y Cofradías, en el seno de las familias y en los momentos más insospechados.

No esperad, pues, de mí, porque quedaréis defraudados, la grandilocuencia de la brillante oratoria que quiera dictar lecciones mariológicas o la lírica poética que exaltando los ánimos trate de cantar las excelencias de la mujer más privilegiada por Dios. No, ni tengo preparación para lo uno ni reúno condiciones para lo segundo.

Vengo a hablaros del Pregón del pueblo de Sevilla, del que una y otra vez oí y aprendí de vosotros, cofrades sevillanos, que sois, con auténtico magisterio, quienes me enseñasteis a perfeccionar cuanto en el seno de una familia cristiana y devota de la Virgen había aprendido de cariño y amor a María.

Vosotros que, catedráticos en fervores marianos, vais tratando de emular, día a día, los amores a la Señora y habéis logrado que esta ciudad de todos conocida y de todos admirada por ello, sea justa y elogiosamente calificada de tierra bendita de María Santísima.

Este es el verdadero pregón de las Glorias Marianas de Sevilla, el que tengo que agradecer al Consejo General de Hermandades y Cofradías de la Ciudad el inmerecido honor que me dispensa por la confianza que puso y depositó en mí, haciéndose eco de la propuesta de su Comisión de Gloria que, más llevada por la buena amistad y el afecto personal que por los escasos méritos que en mí pudieran concitarse para ello, propuso mi nombramiento; gratitud que tengo que hacer llegar de una forma especialísima a su Vicepresidente, buen amigo y mejor cofrade, Juan Foronda por su bellísima presentación en la que, no cabe duda que influido y sabiendo hacer gala de la fraternidad franciscana de la que tan imbuido está su espíritu cofrade, ha sido capaz, cariñosa y optimistamente, de prever el Buen Fin de mi singladura pregonera y otorgarme, anticipada y benévolamente, la Palma de una victoria que nunca podrá ser triunfo de mi pobre decir sino de la grandeza de expresión popular de esta Ciudad incomparable y única.

2.- Sevilla.

¡Sevilla! ¿Quién osa piropearle después del cúmulo de elogios que volcaron sobre ti los escritores y los poetas?

Sevilla, legendaria, atribuida su fundación a Hércules, romana, goda, árabe y cristiana.

Hispalis, Rómula Augusta, Isbilis o Sevilla, ciudad famosa, antiquísima, de las más ricas y celebradas del orbe, atractiva para todos los pueblos, que dejaron en ella restos de su cultura y características étnicas y semánticas en una historia larga y abundante siempre abrazada a la leyenda y orlada de míticas conexiones.

Estás asentada en una llanura, fértil valle en las márgenes ribereñas del gran Río, que baja perezosamente arrastrando su cauce quedo y como apagado, desde Cazorla, por el que navegan murmullos serranos y ancestrales silencios cordobeses con la ambiciosa esperanza de llegar a ti y duplicarse para abrazar al yunque de forjas y el alfar artesano de Triana y atravesar, por el centro mismo, la Ciudad y al salir de ella reunirse de nuevo, impregnado de dejes toreros de la Maestranza y aromas del Parque de María Luisa para, fundidos con viejos sonos de cante grande, buscar la Bonanza sanluqueña llevando en sus olas ecos de guitarras y castañuelas y notas de sevillanas que inundan la mar Oceanía y llevan su gracia hasta la otra

orilla, a las tierras que un día la avispada mente y el ojo avizor de un trianero, sevillano tenía que ser, vieron por vez primera en un amanecer de octubre hace ya cinco siglos.

Eres Sevilla, hija de la luz, novia del encanto, señora de toda belleza y hay un rayo de sol que baja, cada mañana, a besarte buscando tu claridad, en la cal blanca de las fachadas de las casitas bajas de tus barrios que parecen espejar al astro rey entonando un poema de albura que se expande por toda la ciudad, mientras las macetas de claveles y geranios de sus balcones reciben con ese primer beso solar mañanero el empuje para abrir sus corolas y exhalar su perfume.

Y busca el rayo tu color en las verdes umbrías del Parque, por entre cuyas ramas se cuele, para encontrar en la exuberante policromía floral de los jardines, en sus parterres y glorietas, la más amplia gama de tonos y matices que se multiplican a través de alamedas, plazas y patios por todo el entramado urbano.

Va al encuentro de tu armonía entre los esbeltos pináculos góticos de la Catedral, que alza su mayestática y esbelta mole para satisfacción de aquellos hombres que la quisieron «tan gran obra que los tiempos venideros les tuviesen por locos», o entra y sale, graciosamente juguetón, entre las arcadas, cal y almagra, que sobre marmórea columnata circunda el albero maestrante, patena pagana en la que se ofrece, sangre y sol, la más auténtica y tradicional de nuestras fiestas.

Y trata de hallar tu musicalidad, siempre imperceptible y siempre adivinada, adentrándose por los claustros de los conventos para oír en su silencio el surtidor de sus fuentecillas, en los chorros de las fuentes de tus plazas que buscan la altura para desparramarse hechos lluvia, como gotas de luz, en sus tazas, o en los estanques de los jardines del Alcázar, marcando al caer mil círculos concéntricos que rompen el espejo tranquilo de sus aguas que suspiran su pena al no poder reflejar en ellas los cielos que perdimos.

Porque Sevilla guarda entre la monumentalidad de sus casonas palaciegas y la gracia humilde de sus corrales de vecinos, plazas y calles, parques y monumentos, la luz del sol y el color de la alegría, la perfección de la armonía y la sonoridad musical que el cielo la regaló para hacerla, sujeto de todas las gracias, una ciudad maravillosa.

Sevilla la que atrae, la que embruja, la que subyuga a los que tuvieron la dicha de nacer en ella o la suerte de hallarla y absorberla de lleno con espíritu abierto para terminar captándolos tan profundamente que les imprime carácter.

La Historia repite, una y otra vez, los nombres de aquellos que vinieron y viéndola la admiraron.

Julio César, que llega inmediatamente tras la batalla de Munda, queda pasmado por la grandeza de la Ciudad, a la que se refiere en su **«De bello hispaniensi»** y la manda rodear con fortificaciones de muros y torres altas que guarden su belleza como cofre que a joya protege.

San Isidoro que la hace cuna del saber de su época la elogia en sus escritos. Almotamid escribe poemas de nostalgia, llorando su ausencia, desde su prisión africana.

D. Alfonso el Sabio en el libro de su **«Setenario»** se refiere así a ella: *«Sevilla es lo más noble, e fue, que tosa las otras cibdades del mundo. Grande es otrosí, non solamente el cuerpo de la cibdad, que es mayor que otro que sea en Espanna, mas aun en su regno.*

E por todas cosas que es alabada sobre todas las otras tierras e gentes del mundo, así que todos que han sabor de ver e de fablar de los sus bienes más que de otra tierra, ca magüer cada uno se pague de su tierra onde es natural e la alaba por razón de naturaleza, esta, por su bondad, es solamente alabada de todos», porque ni el mismo Rey acierta de otra forma a describir su grandeza.

La elogia Misser Francisco Imperial en su **«Cancionero de Baena»** describiendo sus visitas a la Ciudad, sus idas y venidas a Santa Ana en Triana, por el ya famoso puente de barcas.

La canta con filial cariño, en bellísimos versos, Fernando de Herrera:

*«Reina del grande Océano dichosa,
sin quien al mundo falta su grandeza,*

.....

para terminar

*¿qué diré que tú seas, luz hermosa de Europa?
tierra no, que tu gloria no se encierra en su estrechez
cielo sí, de virtud maravillosa.*

Parte de España más mejor que el todo».

Y sorprende a los viajeros románticos del pasado siglo, Emile Degin en su **«Viaje pintoresco en España»** dedica páginas enteras en elogio de la Ciudad que, a su vez, pasma a Teófilo Gothier y al Barón de Davillier que no saben como ensalzar las bellezas que Sevilla ofrece a la contemplación del visitante.

Antonio de Latour, secretario de los Duques de Montpensier y preceptor de sus hijos, de los ocho tomos que escribió seis se los dedica totalmente a Sevilla en los que podríamos decir que hace una historia detallada de la calificada como «Edad de Plata», con la corte de los Montpensier, en la Ciudad.

Y Francisco Vilaespesa, poeta de su luz y de su sombra, la piropea:

*«Armoniosa y ligera como tu río,
y clara y transparente como tu cielo
que arde en las luminosas tardes de estío
con la gracia dorada de un asfodelo...».*

Porque llega al alma de todos, cautiva a los que vienen y se compenetran y quedan atrapados en las redes mágicas de su poder invisible.

Esa Sevilla que no puede pasar desapercibida para quienes llegan a ella con corazón abierto, que atrae y capta y absorbe de forma especial. Y no cabe duda que es así y si no que se lo pregunten a ese viajero infatigable, portador de la paz, al que bastó estar tan solo unas horas con nosotros para sentir la pena de la marcha y la despedida, para que en la nostalgia de la ausencia se grabaran nuestros sonos en su corazón de tal forma que, desde entonces, el Papa de las multitudes cuando va por lugares de habla hispana en los que, por imperativos del programa, ha de estar poco tiempo y no tiene más remedio que marchar deja, como la mejor de las despedidas, su saludo y su adiós y lo hace cantando por sevillanas.

3.- La Sevilla mariana.

Pero Sevilla es, ante todo y sobre todo, para nosotros cofrades, amantes de la Santísima Virgen, una ciudad eminentemente Mariana.

Lo fue desde siempre, pero, de forma especial, a partir de la Reconquista en la que, durante el largo asedio, Fernando III en su campamento de Cuarto invoca, una y otra vez, a la Madre de Dios y postrado ante su imagen reclama su ayuda para rematar la empresa: «*Valme, Señora, Valme que con tu ayuda conquistaré Sevilla*».

Con ella entrará victorioso, llevándola al arzón de su caballo, en el triunfo, como en la contienda, Virgen de las Batallas, siempre a su lado en la guerra y en la paz.

Su hijo D. Alonso dona al cabildo la Imagen de la Virgen de la Sede, para que presida el Altar Mayor como titular de la Catedral que se denominará con su advocación y se ofrecerá a Santa María en su gloriosa Asunción, como era costumbre hacerlo en las Catedrales que se fueron levantando en la época del Santo Rey como León y Toledo.

Desde entonces la Virgen comenzará a tener de una forma especialísima sitio y lugar de honor, preeminencia devocional y triunfo sobre los amores de Sevilla.

Aquí está la primitiva Imagen, en alabastrina talla, procedente de la Casa Grande del Carmen. Las Imágenes Fernandinas, sedentes y bellísimas, de las Aguas que aquí veneramos, la de los Reyes de la Hermandad de los Sastres en San Ildefonso o la fiel reproducción que posee el convento de San Clemente. Vírgenes mayestáticas y reinas que desde el primer momento parecen dar el tono de regidoras y gobernantes de la ciudad que, como tal, las aclama, a Ellas se consagra en sus amores o la nombra Protectora y Patrona de su Concejo en la advocación de la Ingesta para agradecer su continua protección.

Serán las antiguas reproducciones al fresco de la Virgen del Coral, de Rocamador o de la Antigua, de la Capilla Catedralicia, pintada según la tradición en lo que fuera mihrab de la Mezquita Mayor y trasladada posteriormente en el mismo muro en que la plasmara el artista a su actual emplazamiento, en difícil y arriesgada operación. Virgen de la Antigua de tan gran devoción en esta época y las siguientes hasta el punto que las primeras Ciudad y Catedral americanas llevarán su nombre y se consagrarán a su advocación.

Todo es pues, en esta etapa histórica de la Ciudad, un canto esplendoroso y devocional a la Madre de Dios, como para influir en un poeta Baltazar de Alcázar- a quien, por lo más conocido de la temática de su obra, no sería fácil atribuirle la autoría de unos bellísimos versos cantando a María que así comienzan:

«Sonando está, Virgen bella,

celestial música en vos:

la canción dice que Dios

nació de Madre doncella...»

Y un carmelita sevillano, el P. Juan de las Ruelas es autor de uno de los, sin duda, más bellos libros, desgraciadamente poco conocido, escritos sobre la Virgen.

Este libro que titula «**Hermosura corporal de la Madre de Dios**», preparado durante largos años de lectura y documentación y publicado en Sevilla en 1621, en plena explosión inmaculista, reúne todas las bellezas posibles en un libro religioso: ferviente devoción, dulce ternura, elegante lenguaje, y hasta fino sentido de la belleza plástica.

El caudal inmenso de erudición del Antiguo y Nuevo Testamento, la lírica del Cantar de los Cantares y de los salmos, la tradición patristica de Oriente y de Occidente, toda la estética renacentista abierta ya a la espléndida belleza del barroco.

Basta el enunciar de los capítulos: De la hermosura que la Virgen tuvo en su cabeza y cabellos; De la frente, cejas y ojos y de la hermosura que Nuestra Señora tuvo en estas partes; De la gracia que la Santísima Virgen tuvo en el hablar, tema este que solo a un sevillano se le habría podido ocurrir, y dice que «...su palabra era dulce, su razonar suave y su modo de decir meloso...».

Y a pesar del largo razonar con testimonios de la Escritura y los Santos Padres de todo ello, se viene a sacar en claro que tenía hablar muy donoso, con harta gracia, es decir, que la Virgen, mujer nazarena, hablaba con gracia y zalamería sevillanas, como las mujeres de esta bendita tierra.

Y en «**Rinconete y Cortadillo**», una de sus novelas ejemplares en las que Cervantes tan bien y detalladamente pinta las costumbres y modos de la ciudad en que vive, nos describe como en casa de Monipodio, en Triana, estaba la Madre Pipota «abispona» para descuideros y golpistas y después de haber apurado para consolar su estómago casi un azumbre de vino, salió haldeando, pasó el río por el puente de barcas y se llegó a esta Colegial de San Salvador a poner sus candelicas a la Virgen de las Aguas «que no le dejaría de hacer si nevase o ventiscase...», lo que demuestra la arraigada devoción mariana en las gentes del pueblo.

Pero, sobre todo, el siglo XVII es el de las grandes ansias inmaculistas de la Ciudad. En 1615 la Hermandad del Silencio, Madre y Maestra de las Cofradías sevillanas formula, a instancia de su Hermano Mayor Tomás Pérez, el Voto de defensa de la Inmaculada Concepción de la siempre Virgen, Madre de Dios María Santísima que fue preservada y exenta de la culpa original, dos siglos y medios antes que la propia Roma lo defina, en 1854, como Dogma de Fe.

Un año después el Cabildo Catedral, al que se uniría el Concejo municipal, los dos Cabildos de la Ciudad hermanados siempre y durante siglos en ello, toma el acuerdo de formular este voto y renovarlo anualmente.

La Ciudad de Sevilla representada por sus dos Cabildos civil y eclesiástico- iba más allá que la propia Iglesia y en una verdadera emulación de fervores marianos se comprometía con el famoso, místico, y, a veces, calificado de romántico será, no me cabe la menor duda, por la infinita belleza que en sí encierra, voto de sangre a defender, aún a costa de dar en ello la vida si preciso fuera, lo que para la propia Iglesia no era más que piadosa creencia, muy puesta en entredicho por amplios sectores de ella.

Bulle la Ciudad en fervores concepcionistas, fastuosas procesiones, funciones solemnes, pomposa oratoria, los rosarios públicos y el alcance y superación de las más altas cotas devocionales, que pasarán después a los tiempos y generaciones siguientes e irán configurando la justa fama que califica a esta bendita tierra y sus gentes.

Una devoción que no para en ellos y llega a nuestros antepasados más próximos que conservan su influencia en todas las cosas, en muchas tradiciones que en el pasado siglo, en los comienzos de este y hasta no hace mucho estaban vivas, que los que contamos algunos años, hemos llegado a conocer y vivir, muchas de ellas.

Aquel saludo cariñoso, siempre devoto, del «Ave María Purísima» del que llegaba y llamaba a la casa y el «Sin pecado concebida» con que respondía al abrir quien le recibía, hoy recogido en placas, azulejos y cartelas a las puertas de nuestras casas y conservando en el preceptivo saludo a las monjas de nuestros conventos a través de los tornos por los que llegamos hasta su clausura.

El rezo del Ángelus en familia, en los colegios y, especialmente emotivo, en los campos, en que se interrumpían las faenas agrícolas al sonar las campanadas del mediodía o las lentas y

pausadas del toque de ánimas al atardecer, cuando aún podíamos degustar el sonido acogedor de los cristianos bronces de nuestros campanarios que hoy sufren, en la mayoría de los casos, el mutismo de su postergación como si el estruendo delirante que nos rodea pudiera achacarse a sus musicales sonos.

La llegada cada atardecer, entre dos luces, del viejo farolero que, gruñón y con paso cansino, venía encendiendo los mecheros de los faroles callejeros de gas y anunciaba su presencia con un semitonado «Ave María Purísima», perfectamente perceptible desde balcones y ventanas de las casas abiertas a unas calles sin ruidos estridentes, y al que añadía la hora y el estado del tiempo; las ocho y sereno, las nueve y lluvioso...

Los sevillanos van siendo devotos de la Virgen desde pequeños, porque su Imagen, en la multitud de advocaciones que es venerada en las Iglesias, en las plazas o en las calles donde no faltan, en las fachadas de sus casas, azulejos y retablos, o en la intimidad y en la vida de familia; porque la Señora tiene verdadera y constante presencia en todas las casas de la ciudad y ha sido así siempre y lo sigue siendo, afortunadamente, en nuestros tiempos.

Y así cuando se construye un Barrio en Sevilla, anodino por las características arquitectónicas de sus construcciones, fuera del eje y círculo de la ciudad, que transforma a la Triana hortelana y campera que rodeaba el antiguo convento de los Remedios en un enjambre de colmenas de hormigón entre las que difícil sería pensar que se estaba en Sevilla, ésta hace el prodigio de bautizar sus calles con los nombres de todas las advocaciones de la Virgen de forma tal que, por muy extraño que cualquiera se encuentre por la fisonomía de cuanto le rodea, al solo ver el nomenclator no dudará que está en un barrio sevillano.

Y llamará a otra barriada de las Letanías y le irá dando por nombre calle a calle, plaza a plaza, una a una todas las invocaciones de la Letanía Lauretana.

Por eso decía que Sevilla viene pregonando las glorias marianas de generación en generación, a través de los siglos, y yo me he limitado a recordaros como el mejor de los cantos marianos está en el enjundioso legado de amor a María de tantas generaciones de sevillanos.

Porque en Sevilla se puede amar a la Virgen de muchas formas, se puede querer a María de distintas maneras que yo me atrevería a afirmar que no son más que modos distintos de expresar un mismo amor y devoción, y que en definitiva todas convergen en un solo punto: en que se la quiere a la sevillana, o sea sevillanamente, y el adjetivo le imprime características propias a esta devoción y su expresión externa.

Y esto que extraña, en principio, a los que vienen de fuera llega a ser natural para algunos que acaban comprendiéndolo, otros lo admiten y se adaptan a ello y los más terminan, en fin, captados por la infinita gracia de la Ciudad, haciendo que su corazón, quizás de lejana procedencia, lata al compás del corazón sevillano cuando de la forma de amar y venerar a María se trata.

Que duda cabe que a la Virgen en Sevilla se la quiere de formas diferentes.

Se la puede querer a lo Juan de Pineda, predicador incansable de las glorias inmaculistas en una época en la que incluso en cualificadas instancias se negaba este privilegio de la Señora; o a lo Bernardo del Toro, feliz portador hasta la misma Roma de la súplica de los Cabildos de la Ciudad para hacer llegar hasta la Santa Sede y el mismo Pontífice la inquietud impaciente sevillana por acelerar el proceso de la declaración dogmática.

Puede quererse a María a lo Bartolomé Esteban Murillo trasladando al lienzo el cielo de su tierra entre fondos celestes y nubes blancas, para que entre ellos aparezca, como cualquier muchacha de Sevilla, con tez trigueña y sonrosada y larga cabellera negra, esa joven encantadora que al solo verla, candorosa e inefable, no pueda dudarse que la mancha original no enturbió su alma; o a lo Juan Martínez Montañez que sacando con el formón o la gubia en la mano, y aflorando en los labios oraciones de un corazón enamorado de María, las lascas del

cedro, convierte la madera en esas Inmaculadas, Vírgenes niñas, de candidez arrobadora con mirada baja, recatada y humilde, los párpados semicerrados a cualquier visión que no sea Dios como nuestra Cieguecita catedralicia.

Se la podrá querer a lo Miguel del Cid componiendo sus célebres coplas en defensa de la Inmaculada, letrillas que después el pueblo se ha encargado de difundir a través de los tiempos repitiéndolas y cantándolas una y otra vez; o a lo Salvador de la Cruz vendiendo su propia libertad para que con el dinero conseguido por el más preciado bien del hombre se pudieran sufragar los gastos de la función y cultos a la Virgen en su Hermandad de los Negritos.

Se la puede querer a lo Antonio Filpo Rojas, cofrade de la Madre y Maestra de nuestras Hermandades, ortodoxa en la doctrina Concepcionista, que haciendo sonar la gracia, hecha barrio, de su Cofradía de San Bernardo logró, a su instancia, en una faena memorable, que nuestro Ayuntamiento incrustase en la cinta que orla el escudo heráldico de la Ciudad el título de Mariana; o a lo José Sebastián Bandarán, cantor infatigable, en la constancia y el esfuerzo, de las glorias de María portando orgulloso el guión o la Bandera Concepcionista cada Madrugada en su Hermandad del Silencio, fervoroso paladín de la devoción a la Virgen, promotor de todo cuanto en su culto pudiera redundar y el centenario de cuyo nacimiento, que ahora se cumple, sería imperdonable olvido e injusta ingratitud por parte de los cofrades que lo dejásemos pasar sin la conmemoración debida.

Puede quererse a María en Sevilla a lo Joselito el Gallo soñando en sus tardes toreras con mariquillas de esmeraldas y brillantes que nazcan en el jardín bendito del pecho de su Virgen o varales de oro, tronchados por la tragedia, para que sostengan el palio de su Señora; o a la Juanita Reina que en cada verso y cada estrofa de sus canciones por los escenarios de España, iba engarzando una aguja con los hilos de oro de su voz y bordando mallas de coplas para la toca de su Virgen Macarena.

Se la puede querer a lo Esperanza Elena Caro que en cada puntada de sus palios, de sus sayas o sus mantos para la Reina de cielos y tierra iba incrustando junto a la magia de su arte una oración, para alabar a María o se la puede querer a lo Antonio Rodríguez Buzón que en la filigrana poética de sus versos compuso la más armoniosa y completa melodía lírica que haya salido del alma y la pluma de un poeta para gloria de la Madre de Dios. El del verbo fácil y exuberante que cuando ya lo había dicho y escrito todo a la Virgen en Sevilla y creía imposible hallar loas y piropos para sus rimas, ante la belleza soberana de la Reina Macarena quiso buscar entre las Reinas de todo el Mundo para concluir que *¡...Reinas habrá pero como Tú ninguna!*.

En Sevilla se la puede querer de distintas maneras porque se la ama de forma peculiar, cada uno como es y con lo que tiene. Lo mismo cuando bajo las bóvedas catedralicias las letras del inolvidable Muñoz y Pavón ponen contrapunto a la música del Maestro Torres para esa danza de salón eucaristicomariana de nuestros Seises en la octava de la Purísima, en que llega un momento que nos sentimos como transportados a una escena celestial más que a una vivencia terrena, que cuando en la vida diaria todo se hace y trabaja en nuestras familias, en nuestras Hermandades y en tantas facetas del desenvolverse de la ciudad, por el culto y la gloria de María.

Y hay quienes dicen que, en el fondo, todo esto no es más que folklore y quienes escriben y afirman que hasta el voto de sangre de nuestras Hermandades en defensa de los Privilegios de la Virgen es cosa desfasada, casi de tiempos románticos, que vale más para las novelas que pueda hablarse con propiedad de una eficacia y vigencia, de una realidad feliz, en nuestro momento. Se habla de su posible fuerza en los siglos pasados, antes de la declaración del Dogma, pero lo innecesaria que resulta hoy toda su prosopopéyica renovación por los cofrades de Sevilla.

Sobra la renovación del voto porque este, como tal, de llegar a dar incluso nuestra propia vida si preciso fuera por defender a la Virgen, hoy, ya no hace falta.

¿Sí? Que se lo pregunten a esa mujer, viuda, de una barriada sevillana, hija única de buena familia venida a menos, hace unos seis u ocho meses mientras tramitaba en los organismos correspondientes la paga de su viudedad, único ingreso familiar, vio aumentado su desaliento al tener que ingresar en el sanatorio del Tomillar a su hijo mayor que era el único que venía aportando algo para el sostenimiento de la familia desde la muerte del padre, y se encontró con cinco hijos pequeños sin tener, no ya para hacer frente a los gastos familiares comunes sino incluso a los más elementales para darles de comer.

Que se lo pregunten a esa viuda, pobre, de esos pobres vergonzantes que a veces no conocemos ni sabemos donde están y se encuentran a nuestro lado y les vemos cada día, y a la que la ayuda de alguna familia amiga o el socorro de las Caritas Parroquial difícilmente cubrían las más imprescindibles necesidades.

Ella nacida en una familia cofrade, había visto como su padre subía cada año las gradas del altar, en la Función Principal de su Hermandad, para a los pies de su Cristo y de su Virgen, proclamar públicamente su fe y renovar los votos marianos, de lo que ella recibió cuando pequeña detallada explicación y seguía fervientemente cada año la ceremonia con el corazón.

Cuando más precaria era su situación económica aparecieron en su casa dos jóvenes atildados y bien vestidos, perfectos en sus modales y corrección, que, conocedores de sus circunstancias, la socorrieron con largueza y asiduidad sacándola de innumerables agobios y apuros.

Pero en una de sus visitas refiriéndose al gran cuadro de la Virgen que presidía la casa que con tanta generosidad socorrían, de forma solapada e indirecta comenzaron a comentar e insinuar cosas sobre las prerrogativas de la Señora, para la dueña de casa inadmisibles.

Y aquella mujer que sabía bien que lo que aquellos jóvenes le llevaban era lo único con lo que contaba para el día siguiente, que su limosna siempre necesaria en esta ocasión era vital, no pudo evitar el sublevarse ante lo que oía y con la postura digna y educada de una auténtica señora pero con la firme entereza con que las mujeres sevillanas saben llevar a cabo sus decisiones consecuentes con sus propias ideas, puso en la calle y cerró la puerta ante su cara a aquellos que trataban de menospreciar, insultando, a la Santísima Virgen.

¡Y que digan después que no es real, ni auténtico, ni actual el voto de sangre, de dar su vida si necesario fuera, y en este caso ofrecía su sacrificio y el de sus hijos, por defender la grandeza de María en Sevilla!

Y es que este catolicismo popular nuestro, hecho religioso tan complejo de por sí, no puede ser exactamente conocido solo por estudios antropológicos de gabinete, ni pastoralmente abordado desde los despachos y los secretariados de las curias diocesanas. Nuestro catolicismo popular, que puede ser lugar y cauce de una eficaz evangelización, está en estos momentos, me atrevería a afirmar, en grave peligro de deterioro y descomposición, peligro de empobrecimiento de sus intrínsecos valores religiosos y no sólo por actuación de agentes exteriores sino también, y lo que es peor, por dejación interior.

Y por eso quienes presentan la auténtica devoción popular, honda y profunda, sentida y vivida por las gentes de nuestro pueblo como mero folklore popular, como esos medios de comunicación social que se afanan en mostrarnos estudios e intervenciones de sociólogos y antropólogos que no le dan mayor importancia, que se quedan en el exterior sin profundizar en lo interno, están verdaderamente causando no sólo grave mal a los que leen o ven sin saber la verdad, sino ofendiendo la honestidad del pueblo de Sevilla.

Están lesionando nuestras más sagradas fibras sensibles y por eso es inadmisibles que haya quienes se sigan permitiendo, desde esos medios de comunicación, insultar a los cofrades y a los devotos de María en Sevilla o permitirse cualquier pigmeo asomar a la pantalla televisiva para asegurar, entre otras afirmaciones que demuestran su total desconocimiento de la materia, que ni los cofrades ni el pueblo sevillano tienen cultura religiosa.

4.- Las Glorias marianas de Sevilla.

Y en esta Sevilla Mariana se impone un recorrido por las auténticas voceras de ese marianismo cual con sus Hermandades de Gloria, dedicadas de forma especial y continua al culto de la Virgen, en la que todos tienen cabida y no encontrarán cortapisa de ninguna clase las mujeres y las jóvenes que en ellas se integran.

Hermandades que necesitan una labor concienzuda y un trabajo constante para lograr el alto nivel que las caracterizó en pasados tiempos y que decreció hasta pasar en algunas por malos momentos de su vida corporativa. Hoy parece, que, afortunadamente, viven una nueva época de renacimiento y auge volviendo a estar en todas sus manifestaciones a la altura de lo que deben ser las Hermandades dedicadas al culto de María en Sevilla.

Para ellas cincelan, de nuevo, nuestros orfebres exquisitas piezas, y vuelven a dar puntadas de oro las bordadoras y la talla y el dorado se aprestan, como antaño, a servir de trono móvil e itinerante para la Madre de Dios recorriendo las calles de la Ciudad.

Y se conjugan la cera y la flor, en manos de camareras y priostes, que en un alarde de sus finos oficios hacen que la Virgen en Sevilla aparezca como nos gusta verla a los sevillanos, Reina de majestad y de belleza.

Parece como si la Ciudad, que presume de que solo en el cielo la aman mejor, se extasiara ante la Virgen tal cual la describe el Salmo 44: *«A tu diestra está la Reina con vestido bordado en oro y engalanada de ricos adornos»*. (1)

Así va la Virgen entre nosotros porque Ella que vive en cada barrio, en cada Iglesia y cada casa es eje y centro de nuestra más ferviente devoción hasta el punto de que si Sevilla ha sido calificada como la Jerusalén de Occidente por su acendrada devoción y conmemoración de la Pasión de Cristo, con idéntica razón y por su desbordado cariño a la Madre de Dios a la que para si tiene, en Ella guarda y con cariño venera, podría llamársela la Nazareth andaluza.

Porque será a la Virgen, que en Sevilla lo es todo y el centro de todo, a quien, cuando las campanas de la Giralda anuncien en su broncea sinfonía la Resurrección Gloriosa del Redentor, que es la tradicional, única y formidable manera con que este pueblo conmemoró desde siempre el más grande misterio de nuestra Religión, iremos a encontrarla, por las calles de San Bartolomé, hecha Alegría, toda llena de la gracia de su Hijo, que en Ella tomó la humana naturaleza para, haciéndose de nuestro mismo linaje, poder redimir nuestro pecado, y exultante de gozo porque ha resucitado y con ello abierto las puertas del cielo a una humanidad caída.

Viejas calles de la judería, estrechas y tortuosas por las que todavía se puede andar, sintiéndose embriagado por el perfume, con el gozo de ir rozando las buganvillas, las damas de noche o los jazmines que penden de los muros de sus patios y jardines sin que los estropeen ni tronchen sus guías o sus flores.

Y ante las fachadas de sus viejas casonas señoriales o en la paz silenciosa y conventual de su plazuela, pasará, hecha flor de Mayo, la que es causa de nuestra Alegría con su Niño risueño y juguetón en los brazos, como el mejor inicio de un nuevo ciclo en que la liturgia ha comenzado, entre aluluyas, a cantar la alegría del cielo y de la tierra.

Y la veneramos, Auxiliadora, en los cuatro puntos cardinales de la ciudad: en el viejo Campo de los Mártires donde los salesianos de la Trinidad, hechos eco perenne del profundo marianismo de su fundador Don Bosco, van infiltrando en la juventud que educan la devoción profunda a la que es Auxilio de los cristianos, o en Triana junto a las viejas cavas, de los civiles y los gitanos, del tradicional barrio, por las calles señoriales y rancias de San Vicente o por las del moderno y cosmopolita Nervión donde derrama a raudales las infinitas gracias de su constante auxilio.

Y se nos mostrará Pastora Divina, en el viejo convento capuchino, allá en la Ronda, frente a la Puerta de Córdoba y la muralla recorriendo lo que fue campo y huertas hoy convertido en modernas barriadas. Y en el convento franciscano de San Antonio, Pastora bendita de su grey, que atrae a sí los fervores marianos de la antigua collación de San Lorenzo. O la bellísima Titular del Primitivo Redil, fundación de Fray Isidoro de Sevilla en la Parroquia de San Gil de la que pasaría a Santa Marina donde labró y posee Capilla propia y tuvo vida fecunda y pujante culto hasta que, andariega y trashumante, hubo de refugiarse en San Martín y ahora en San Andrés, siempre abiertos sus brazos por doquier va para que nadie quede fuera de su aprisco.

Y tendremos que buscar comitivas romeras en San Juan de la Palma donde los hijos de Moguer cantan cada primavera su himno de triunfo devocional con sones juanramonianos a la Virgen de Montemayor o por las agrestes sierras de Andujar se dirigen hasta el Santuario de la Cabeza donde la tradicionalmente Benemérita, entre las instituciones españolas, escribió inolvidable página histórica en su defensa. (2)

¡Señora! una legendaria tradición atribuye al Santo Rey que, ante su indecisión por escoger entre la belleza de Tu Imagen y la que veneramos como Patrona, exclamó que estaba entre dos Aguas y a ello se debe tu antigua y venerada advocación. También nosotros perplejos y asustados en este momento, con solo mirarte nos sentiremos reconfortados y entre dos aguas.

De una parte el miedo, el temor, que es sufrimiento y Pasión, pero la mansedumbre y la dulzura del Señor que carga caminando, casi sin andar, con la cruz de nuestras culpas nos dará confianza en su Madre hecha constante Merced para nosotros, y de otra el sosiego y la tranquilidad, que es calma y es paz, al contemplarse cuando ha entregado ya su vida en el holocausto de infinito Amor dándonos en Ella el Socorro perenne para todas nuestras necesidades.

Y por eso Señora, junto a ti que, Rocío bienhechor, has querido bajar hoy hasta nosotros para que podamos besarte y tenerte más cerca aún, nada malo podrá ocurrirnos porque nos preservas y cubres con tu manto en todo momento.

Por la Cuesta del Rosario, hasta San Isidoro nos embargará, un año más, la pena amarga del barrio y la costanilla que lloran que el Chatillo de su alma siga sin casa donde refugiarse y de donde salir a pasear por él. Y por eso, con las campanas mañaneras del alba o con la frescura de la tarde primaveral, se hará todo hombro costalero para llevarte, aunque sea en andas, como un sueño nostálgico de tu bello trono rodeado de Arcángeles, que permitan salir las puertas de tu actual refugio para que recorras sus calles y las llenes de tu Salud para sus cuerpos y almas.

Y al doblar su mitad la Primavera,

...Primavera,

ya llegó la Primavera,

la Primavera ha venío,

y la gente rociera

se marcha ya pal Rocío...

iniciaremos de nuevo el peregrinar rociero.

Desde el Salvador, en el centro de la Ciudad, por las calles señoriales orladas de monumentos, al pie de la Giralda para bordeando la Catedral y las murallas del Alcázar buscar, atravesando los Remedios, la salida o por Triana, Altozano y calle ancha de Castilla, tan de la Virgen que comienza cantándola exclamativamente en O y finaliza, suspiro que nunca acaba y estertor que no termina porque Sevilla no quiere que Cristo muera y expire de una vez, con el Patrocinio bendito de María, van los romeros de las blancas carretas tras los Simpecados para, dejando atrás el Guadalquivir, iniciar la subida hacia San Juan y Mairena y alcanzar, entre encinas y pinos, la Ermita de Cuatrovititas unos, mientras los otros coronan la sinuosa Cuesta del Caracol para, tras rendir pleitesía a la bellísima Inmaculada Reina de la Calle Real Castillejera, que ondea banderas albiazules de fervores concepcionistas a todo el Aljarafe, por Bormujos y Bollullos internarse en las arenas del Coto, los pinares y la Raya, el Quema y el Ajolí hasta llegar, una vez más, a los pies de la Señora.

Allí estaremos contigo en un nuevo Pentecostés de fervores marianos. Iremos Señora al gran cenáculo, el mayor que conocieron los tiempos, para tener a tu lado la inmensa dicha de recibir el Espíritu. Trataremos de encontrar el Rocío vivificador de tu mirada sobre nuestras almas para prepararlas a encontrar la gracia del Señor.

¡Luces y sombras del Rocío! Claro que sí, como las habría en la Jerusalén del primer Pentecostés.

Allí estarían también, indiferentes a lo que ocurría en el cenáculo, los mercaderes que iban a hacer su comercio y llenarían las calles con los tenderetes en los que negociaban sus baratijas.

Pasarían también los escépticos y los ignorantes que nada tenían que ver con cuanto había ocurrido y menos con la incipiente y escondida Iglesia.

Estarían tal vez los curiosos, los entrometidos, que hasta buscarían la posibilidad de entrar y ver qué hacían y quienes eran los discípulos del ajusticiado y si lo lograban molestarían con su presencia impertinente y su fría indiferencia al sacro Colegio Apostólico reunido en torno a la que era Madre de la Iglesia, huérfana por la muerte de su Hijo.

Pero allí estaban los fieles, los leales, los tuyos y tampoco todos, Señora, que por la más nefanda traición de la Historia faltaba uno de los que había escogido para sí tu propio Hijo.

Pero allí estaban contigo, recibieron la gracia del Espíritu y con ella inflamaron sus dones en su corazón y partieron a todos los confines de la tierra hablando a todos los hombres y a todos los pueblos y anunciando las grandezas de Tu Hijo se prodigaron en todas las lenguas y se hicieron eco en todas las latitudes, como hablando de las grandezas de tu maternal amor, siguen todo el año, por todas partes, cuando regresan de tu Rocío bendito, dando ejemplo de vida y testimonio de verdadero marianismo los buenos y auténticos rocieros.

Hasta Heliópolis, junto al viejo entronque del Guadaira con el Río Grande, la de los chalecitos de la Exposición del 29 y los altos bloques de las modernas avenidas, iremos a encontrarnos con el Corazón Inmaculado de María que recorre sus calles y plazas bajo los arcos triunfales de brillante verdor que forman entrecruzándose las ramas de las acacias y de las jacarandas. Sedente sobre el rico pedestal de tu paso, bellamente preparado por la gracia de tu prioste y convertido en primoroso vergel de blancas flores por las manos de tus hijos que van haciendo de sus penas y dolores de cada día la mejor ofrenda, el clavar flor a flor y vara a vara, de sus inquietudes cofrades a tus pies.

Y por contrapartida irás ofreciendo tu Inmaculado Corazón, con maternal sentimiento, lo mismo a los niños y jóvenes estudiantes del Claret que hallarán en él el mejor solaz a sus ilusiones y sueños juveniles que, a las puertas de la Residencia, a los ancianos que vieron como el tiempo iba arrancando una a una las hojas de los días, los meses y los años de su vida y transformando el esplendor de sus naturalezas fuertes en esa vejez mermada de facultades en la que tan difícil es superar la falta de los seres queridos que desaparecieron y, tal vez más

aún, la de la compañía y el cariño de quienes les olvidaron, sino contando con la dulzura infinita y acogedora de ese tu maternal Corazón.

Y con la llegada de Julio la Sevilla carmelitana, por mariana y marinera, que fue puerto fluvial y tuvo en el río siempre su desarrollo y su progreso, cantará las glorias de la Virgen en su popularísima advocación del Monte Carmelo por toda la Ciudad.

En la Capilla de Calatrava, al borde mismo de la antigua laguna que el Conde de Barajas convirtiera en alameda, salón y paseo, se darán cita todos los fervores del barrio ante Tu Imagen chiquita y bellísima que recorre sus calles legendarias hasta donde estuvo la antigua puerta de Vibarragel rompiendo la muralla para por la Barqueta, allí mismo, robarle al río aires marinos.

O en el Altozano, donde Aníbal González labró el estuche alfarero de tu Capillita, cúpula y torre besadas por la brisa de cada atardecer o cada amanecida a la orilla del Río, para que desde tu Cuadro siguieras con al mirada el curso y la corriente que busca en lontananza la mar oceana y en la que no se sabe si estás esperando el último requiebro de los trianeros cuando se disponen a cruzar el puente o el primer saludo de los sevillanos, cuando, el río atrás, llegamos al Altozano de la antigua guarda y collación de la Ciudad.

O en San Gil, al fondo de la antigua calle Real de San Luis, por donde entraban las caravanas regias, junto al famoso Arco que queda en pie, del lienzo amurallado, cuando sales a bendecir las calles de tu feligresía y llegas hasta el típico Pumarejo, otrora ilustre por el emplazamiento de señoriales mansiones y famosa plazuela corazón del tradicional barrio y hoy tan necesitado de que extiendas sobre él tu marrón escapulario y tu manto blanco de pureza para limpiar el sucio fangal de perdición en que lo ha convertido la más terrible y asoladora lacra social de nuestros días.

Y en San Ildefonso, en las gradas del Salvador, o en Santa Catalina, en el centro mismo de la Ciudad, bajo palio y entre varales, en el trono indescriptible que Sevilla creó para tu realeza, para que la noche hecha luz en el plenilunio estival sea tu dosel en las calles de este pueblo que jamás quiere que regreses a las naves del templo, cuando sales a pasear por él.

Cuando, principiado Septiembre, el día 8 la Iglesia celebra la fiesta de la Natividad de la Santísima Virgen María, de la que en este año Santo Mariano conmemoramos el bimilenario, el Cabildo Municipal, que ya recibió su visita cuando en la festividad del Corpus marcha hasta el centro para, desde la bella fachada plateresca de la Casa Consistorial transformada en retablo para albergarla, presidir el paso de la Procesión Eucarística, vendrá hasta la antigua collación de San Julián para a los pies de la Ingesta gloriosa renovar, como lo hizo durante siglos, el voto de gratitud a la Virgen copatrona y especial protectora del Concejo, por su ayuda eficaz y favor continuado salvando la Ciudad de epidemias, plagas y males de toda índole.

Y en la fiesta de los Dolores Gloriosos bullirá en fiesta el Cerro del Águila donde, bajo palio que mitigue los dolores de su traspasado corazón, recorrerá las calles entre el amor desbordado de sus gentes y habrá cadencia y dejes de primavera adivinada en la que parece presentirse, como emanado de la brisa, el jipio hondo y profundo del cante de la saeta.

También en el Juncal, barriada nueva de insospechados valores devocionales a su Imagen chiquita, todo se desbordará cuando salga a recorrer sus calles en las que colchas, colgaduras y mantones jalonarán el paseo de su Virgen.

O desde San Roque de donde partirán los egabrenses que residen en nuestra Ciudad para rendir pleitesía a su bendita patrona la Virgen de la Sierra.

O te encontramos hecha Luz, pura luz, todo un ascua de luz en San Esteban, porque Tú, Señora, eres la luz de nuestro mundo y nuestras vidas, e inundarás de luz la bella arcada ojival con puntas de diamantes que enmarca tu salida y desde ella irás llevando la claridad de tu sonrisa por la Plaza de Pilato y las callejuelas del barrio, por Caballerizas y González Marín,

por Imperial y por Águilas, y en la noche ya casi otoñal eclipsarás la plateada luz de la luna para ser luz perenne y radiante de tus hijos.

Y una vez más saldremos a tu paso, Madre de las Mercedes, Señora de la Puerta Real, la antigua de Goles a la que dieron nombre los cortejos reales que por ella accedían a la Ciudad, para ver cómo renacen simbólicamente Muralla y Puerta para servirte de arco triunfal bajo el que pases Reina, coronadas tus sienes en purísimo oro por la devoción de tu barrio que ha querido verte así esplendente de belleza, como San Juan en el Apocalipsis, llevada por el rítmico andar de los costaleros al mando del decano capataz, canoso y envejecido, pero joven de espíritu, que tuvo la enorme dicha, que dignifica al gremio, de ser profesor y maestro y auténtico catedrático, que no en balde sentó cátedra en la Lonja universitaria, formando a generaciones de cofrades costaleros que hoy día son con su triunfo una garantía de su supervivencia para las Hermandades de Sevilla.

A principios de Octubre llenarás de nívea albura, en un invierno anticipado y una prolongación de tu fiesta del cinco de Agosto, toda la feligresía de San Nicolás. Blancura en las calles recoletas y estrechas de Santa María la Blanca y Santa Cruz, blancura de nieve en Ti, saya y manto, flor y luz, para que toda la Ciudad se haga como blanca flora de las Nieves y en ella, purificada por el frío se haga ofrenda resplandeciente y con todo el calor del alma sevillana en holocausto de tu bendito amor.

Y en San Pedro, pilar fundacional y piedra primera de la Iglesia, nos encontramos cada año al Pilar robusto de nuestra fe hispánica y bajo los naranjos de Doña María Coronel y por Gerona la acompañaremos hasta la antigua calle Alcázares.

Allí, Señora, Pilar de nuestra cristiana fe, airosa sobre los pliegues rojigualdas de nuestra enseña sagrada, te enfrentaremos al pilar fecundo de la caridad sevillana. Que allí tiene Sevilla cimiento de amor profundo, de fraterno cariño, de caridad sin límites.

El amor y la caridad, pilares básicos de Sor Ángela y sus hermanas. De la gran Santa de simple formación que de la humildad de su vida y del amor por los demás hizo base y columna de una caridad muy suya y muy a la sevillana que hayó la complacencia del Señor. Y como el que se humilla será ensalzado Madre Angelita que, como Jesús, como el alter Christus franciscanos de sus inspiraciones pertransiit beneficiando- (3) pasó haciendo el bien, tuvo la dicha de que un día inolvidable, por primera vez en la historia de la Iglesia de Occidente, Roma abandonando la Cúpula que Bramante ideara y realizase felizmente el genio miguelangelesco, los broncees grandiosos de Bernini que enmarcan la luminosa gloria desde la que el Espíritu abre sus alas para fecundar la Iglesia, llegará en la persona de Juan Pablo II para que fuese la bóveda inmensa de nuestro cielo y los robustos pilares de la fe del pueblo sevillano las que cobijaran el argenteo y colosal altar que mi paisano Juan Laureano de Pina labrara un día para los fastos catedralicios y que el mismo sol esplendente, que había enmarcado tantas veces a Dios mismo hecho Eucaristía, fuese gloria para la santidad de esta mujer egregia por humilde que tuvo a honra y solo mérito practicar la caridad con los necesitados.

Por eso cuando la Virgen del Pilar para y se vuelve ante el convento de las Hermanas de la Cruz, joyel y relicario de la Santa Madre de los menesterosos, Sevilla tiene frente a frente sus dos más robustos pilares: la fe que fecundó el Apóstol en Zaragoza y la caridad que hizo Sor Ángela tan a la sevillana que por discreta se hace saya de estameña y alpargata de esparto para que ni se oigan sus pisadas pero que nos la encontramos por cualquier calle, al doblar una esquina, al salir de una casa de vecindad, en cualquier hora del día o de la noche y en el mutismo silente con el que se pregonan a gritos en la historia las grandes obras de Dios: las Hermanas de la Cruz de Sevilla.

Pero con Octubre nos llega la devoción mariana por excelencia, la oración de Domingo de Guzmán, la que se ha llamado compendio de todo el Evangelio, rezada por nuestros capitanes, recomendada por los Pontífices, la que dio el triunfo en batallas como Lepanto y aflora y sedimenta la paz entre los hombres, la que el Concilio y la **Marialis Cultus** recordando la carta **Consueverunt** de San Pío V, en la que define y da su forma tradicional a la españolísima

oración, y la **Recurrens Mensis October** de Pablo VI, recomiendan el rezo en familia del Santo Rosario. Y Sevilla se convertirá también en un auténtico Rosario desgranado por los cuatro puntos de la Ciudad.

Iremos a buscarla por el barrio del Arenal donde desde la Capillita del Dos de Mayo pasará sembrando la gracia de su sonrisa bajo el Postigo para por Temprado ser consuelo de los ancianos acogidos al secular Hospital que creará la caridad de Mañara.

O le hallaremos en la Capilla de los Humeros, que sueña mirarse algún día, como antaño, en el espejo del Río del que hoy los muros no le permiten ver el curso de sus aguas, en el viejo arrabal de los ahumadores de pescados, de calles estrechas e intrincadas para abrazar con sus fachadas el paso gracil de su Virgen chiquita.

Por Triana, en la bella y catedralicia parroquia de Señá Santa Ana, desde donde infunde la gracia y el salero connaturales del barrio a los hombres que, venerándola por patrona, hacen oficio y afición sevillanísima del costal y el llamador.

O iremos a encontrarla en la Basílica Macarena, junto al altar donde Sevilla tiene su Esperanza, con el Niño dormido en sus brazos. ¡Qué tiene dormido el Niño la bella Imagen de la Virgen del Rosario de la Macarena!

¿Fue el artista que la talló acaso Duque Cornejo- el que cerró los párpados del Niño y reclinó suavemente su cabeza sobre el hombro materno? ¿O fueron los aires dulces de los viejos campos, hoy desaparecidos, de los huertanos macarenos que trajeron en suave brisa el embrujo de sus árboles frutales para que con su olor se durmiese? ¿Fue el aroma con qué los Macarenos Donantes de Flores llenan de ellas cada día las gradas de su altar las que con su perfume suave adormecieron al Niño? ¿O quizás los sonos de una nana macarena tocada quedamente por la Banda de la Centuria de los Armaos, cornetas y tambores, mientras balancean un mar de plumas blancas como colchón mullido para cuando su Madre no pueda con Él y quiera recostarlo?

Está dormido el Niño de la Virgen del Rosario como debió estarlo, quien sabe, en la cuevecita de Belén cuando fueron los pastores, la gente sencilla y humilde, a depositar la primera ofrenda al Redentor del Mundo y debió ser su Madre la que se hizo cargo de las primeras súplicas y presentes. Como pudo estar dormido, tal vez, cuando, en la primera visita de los gentiles, los Magos desde Oriente llegan a adorarlo y, respetuosos con el sueño del Divino Infante, depositarían, sus dones el oro, incienso y mirra- en manos de la Señora. Una sola vez, narra el Evangelio, está dormido Jesús, no ya niño sino hombre, y se ve sobresaltado por el angustioso llamar de sus Apóstoles temerosos de zozobrar en el mar de Tiberiades; si hubiera estado allí su Madre de seguro no habría dejado que despertaran violentamente los «hombres de poca fe» al Maestro que dormía en la popa de la barca.

Está dormido el Niño de la Virgen del Rosario. ¡Que no me lo despierten, que están la muralla y el Arco evitando que le lleguen los ruidos del mundo estrepitoso de nuestros días para que siga durmiendo! ¡Que no me lo despierten, que está la Basílica hecha cuna y joyero para que descansa tranquilo, en silencio, sobre el regazo materno! ¡Que no me lo despierten, que no quiere despertarse el Niño para que Sevilla siga sabiendo, que aunque Él tenga los ojos entornados, que aunque parezca ajeno a todo, abstraído en su sueño y que no se da cuenta de cuanto necesita y le pide, el raudal de fruto de sus amores, el ansia incontenida de su cariño para con este pueblo no precisa de su despertar porque para ello está allí, pura y viva realidad, su Madre Bendita hecha Esperanza de Sevilla.

Por el clásico barrio de la Feria, la Reina de Todos los Santos, con el singular atractivo de su belleza, nos dará la constante lección de que nuestra meta es la gloria a través de la santidad tendiéndonos, por las caracolas de los imperiales barrocos de su peana, áureas escalas para facilitar nuestro ascenso hasta el Trono de la que es Madre del Amor Hermoso.

Y cuando ya la primera castañera haya plantado su torre de ollas en la esquina de la Magdalena por el señorial barrio del antiguo convento dominico de San Pablo, con su corazón radiante de amor en la mano, a todos nos atrae a sí y nos acoge bajo los pliegos de su manto la que Dios dio por Amparo bendito a toda la humanidad.

Vestirá Diciembre de tonos albiazules a la Ciudad cuando en el comienzo de la gran jornada inmaculista, tras la salve del Triunfo, nos acerquemos hasta ti para felicitarte en las primeras horas del día consagrado a tu Misterio con los bellos versos de Gutierre de Cetina:

Sol de quien es un rayo el sol del cielo,

retrato de la misma hermosura,

milagro de admirable compostura,

suma de lo mejor que hay en el suelo.

Lustre de cuanto cubre el mortal velo,

norte por quien se rige la ventura,

luz que a la lumbre soberana y pura

nos puede levantar con alto vuelo.

El que pensare ver vuestro retrato,

procure para entrar en tal conquista

del águila caudal los ojos bellos.

Y aunque los tenga, mire con recato

que, para no cegarse con tal vista,

aún podrá hallar reparo en ellos.

Y musitaremos el **«Bendita sea tu pureza»** en tanto se desgranán las notas del

¡Todo el mundo en general

a voces Reina escogida

diga que sois concebida

sin pecado original!

ante Ti, bendita Señora Inmaculada, a quien ya tuve la dicha sin límites de elevar mi pública oración en una inolvidable noche, final de mayo sevillano, ante la puerta de la Concepción del Patio de los Naranjos y con la Giralda por testigo del fervor mariano de tu pueblo, conmemorando el más honroso de sus títulos.

A Ti que al pie del noble Postigo por donde entraban los odres y pellejos de aceite desde los ricos olivares del Aljarafe, ayer amparo y guía de los mercaderes de la plaza, sigues hoy desde la recoleta timidez de tu Capillita con sus puertas siempre abiertas, día y noche, a la devoción

de los viandantes para que en ningún momento se ciegue a nuestros ojos el raudal de luz y gracia de tu mirada compasiva y misericordiosa.

Sevilla venera a María en todas partes, la llama de la Anunciación en Juan XXIII, Divina Enfermera en San Martín, Valvanera en San Benito, Rosario en San Vicente y la Magdalena y Patrocinio donde Sevilla mira con pena las desoladas ruinas de su monumental Cartuja llorando la amargura de su abandono a orillas del Río o en la gracia torera que brota entre las ruinas a que la desidia ha reducido el castizo barrio de San Bernardo, Paz en Santa Cruz, Subterráneo en San Nicolás y Milagrosa en Santa Genoveva que la procesiona con los fervores devocionales de ese perfecto binomio de su barrio y de su Párroco.

Y en las Iglesias y las Capillas, en las calles y plazas, en los retablos de las fachadas y en el corazón de los sevillanos, siempre está presente la devoción a Santa María Madre de Dios.

Pero si durante todo el año, de forma constante, el culto como expresión de amor a la Virgen no tiene solución de continuidad, de manera especial Sevilla, para la Virgen, tiene su mañana.

Me vais a permitir que, por el enorme respeto que me merecéis los sevillanos, no intente hablaros del amanecer del 15 de Agosto y, comedido con vuestras vivencias personales, sabedor de cada momento de esa mañana tiene particularísimas e íntimas connotaciones para cada uno, no tenga mi palabra el atrevimiento y la osadía que supondría intentar describir la mañana de la Virgen en Sevilla.

Esa mañana de recuerdos íntimos que todos vivimos, gozamos, y rezamos de forma tan especial, tan personalísima y única que es imposible intentar describirla y menos aún de forma general y homogénea.

Pero ya que no de las primeras horas de ese día en la bendita tierra sevillana me vais a permitir, ensoñada ilusión, que os diga como pienso que puede ser esa mañana en los cielos:

Se habrán puesto en marcha las invisibles manillas en el reloj inexistente de la eternidad y se irán aproximando a unas etéreas ocho de la mañana.

Bajarán por laderas de Aljarafe celestiales desembocando por calles y avenidas de gloria una multitud de tantos como nos precedieron en la fe y ya viven en la alegría eterna, que acuden a la cita anual como siempre lo hicieron en vida.

Está ante el Trono de la Trinidad Augusta preparado como rico joyel el paso de la que de todos los Reyes quiso Dios que fuese Reina, jamuga celestial que ocupa la que es Emperatriz de los cielos y de la tierra.

La cubrirá, quizás, el manto blanco que bordaron con el oro de la pureza de sus vidas las vírgenes o el rojo teñido por la sangre de los mártires y de los confesores de la fe de todos los tiempos, tal vez el celeste que como trozo de la bóveda celestial descendió hasta posarse sobre sus hombros con destellos de plata de la luna y las estrellas, a lo mejor es el rosa donación de Infantes y Príncipes de las celestiales milicias o el verde, como la esperanza, con los tonos que le brindan las inmensas umbrías del edén eterno.

Se habrán hecho varas de nardos los jardines del cielo para enmarcar en macizos las esquinas y bajará el Padre, en la plenitud de su gloria, para depositar sobre sus sienas corona de Reina de todo lo que Él creó. Pienso que la segunda persona de la Santísima Trinidad querrá, por un momento, hacerse Niño, de nuevo, para buscar juguete y coquetuelo el regazo de la Madre y descenderá el Espíritu sobre Ella para cubrirla con sus alas en sevillanísima forma de palio de tumbilla.

Se apurará Madre Angelita, con las Hermanas que ya la acompañan en la gloria, a dar los últimos toques en los pliegues del manto y la toca de la Señora y habrá un revuelo imperceptible de ángeles costaleros que se preparan ansiosos para la primera levánta, que las

manos de unos invisibles Bejaranos habrán tocado ya en el argenteo llamador, para ir lentamente acercándola a la gloriosa Puerta de los Palos celestiales cuando el reloj marque ya las ocho.

Allí va a estar unos instantes para seguir después por Placentines, Alemanes y Avenidas de Cielo. Precediéndola los Padres de la Iglesia de Oriente y Occidente, Capellanes Reales de la gloria, que habrán vestido los ricos pluviales de Imaginería bordadas, de Preste los grandes Arzobispos de Sevilla: Isidoro, Leandro, Juan de Ribera... cierra la Ciudad formada su Corporación por los que para representarla dignamente visten sus mejores galas, en protocolario ceremonial de honores a la Señora, presididos por el Santo Rey, rico el manto de armiño y desnuda la espada en su manto, en triunfo tras la Reina.

Y se apiñarán a su paso una multitud de sevillanos que vosotros conocéis bien y podéis localizarlos en sus sitios de costumbre perfectamente. Abuelos y padres que un día ya lejano nos llevaron por primera vez, campanas del alba, a ese punto concreto en que cada mañana de Agosto nos enseñaron a ver y rezar a la Virgen.

Vosotros recordáis perfectamente el apretar de sus manos en las caderas de vuestro cuerpo niño, en la esquina de Placentines, de Hernando Colón o en las gradas, para alzaros porque vuestra pequeña altura no os permitía ver a la Virgen que se acercaba.

Vosotros sabéis bien cómo os llevaron un año y otro aquellos hombres y mujeres que os hicieron saber lo que era el amanecer del quince de Agosto, quizás trasladándose desde donde el frescor de la playa o la sierra ponía contrapunto al estío sevillano pero siempre fieles y puntuales a la cita mañanera de la Virgen, a la que ahora siguen viendo en triunfo por los cielos.

Ya está en marcha, de nuevo, el cortejo, sigue caminando por un trozo de la gloria, convertida en Sevilla, y llegará entre la multitud a una imaginaria Punta de Diamante para hacer nueva posa y cuando, terminada la Antífona, se alce de nuevo el paso para seguir su triunfal recorrido habrá silencio en los cielos, callarán los coros angélicos hechos seises ese día y las melodías de los querubines, marchas procesionales esa mañana. No habrá nada que disturbe el silencio porque entonces quiere Dios que, para acompañar a la Virgen en el cielo, llegue como la mejor sinfonía el más bello y musical cante de bronce del mundo en un pino mayor de la Giralda de Sevilla.

5.- Llamada a la Sevilla del mañana.

Y todo este legado de siglos, auténtica devoción mariana de la Ciudad, que recibimos un día, lo habremos de transmitir y lo han de recibir las generaciones venideras.

Me vais a perdonar que en un inciso de intimidad familiar, falte el respeto que vuestra presencia merece, para dirigirme a mi hijo y en él lo haga, como portavoz de los padres de Sevilla, a todos los niños y jóvenes sevillanos.

Mira Manuel: algún día los niños y jóvenes de hoy, hombres del mañana, os tendréis que hacer cargo de un fabuloso legado que os entregará Sevilla.

Mira, estamos a tres lustros de un nuevo siglo que abre sus puertas al tercer milenio de la historia de la Cristiandad. Nos acercamos a él a pasos agigantados, casi sin darnos cuenta.

Antes habremos celebrado el quinto centenario del descubrimiento por España de aquel nuevo mundo en el que Sevilla participó de forma destacada llevando la fe evangelizadora y la devoción mariana a aquellas tierras en las que desde el nombre del Buen Aire en la Argentina y el Carmen en Chile hasta la devoción de Guadalupe en México llenó de marianismo toda la rosa hispánica de América.

Nuestra generación se irá, como la de nuestros padres y nuestros mayores, pero tenemos la obligación de pasaros la antorcha viva y encendida de la devoción mariana que recibimos un día de quienes nos precedieron y que a vosotros os toca recoger y perfeccionar haciéndola vuestra hasta la más pura entraña de vuestro ser, dispuestos a dar vuestra propia vida por conservar lo que quienes os engendramos y la Sevilla que os dio su luz por primera vez al abrir vuestros ojos a la vida, os vamos a entregar.

Sois responsables pero permitid que apele a ese vuestro concepto de la responsabilidad porque de vosotros, jóvenes de hoy hombres del mañana, depende que en un futuro todo esto cristalice y se conserve o diezmado se pierda.

Yo os pido, jóvenes de Sevilla, que penséis que se os entrega un legado de siglos que no se puede perder. Que sepáis que a vosotros os corresponderá hacer una Sevilla más humana por más cristiana, más devocional por más mariana, que María modelo y testimonio vivo ha de ser vuestro ejemplo constante.

Vosotros tendréis que trabajar por una Sevilla en la que haya un techo y un hogar digno para todas sus familias bajo el que vivan unidas por el vínculo indisoluble del matrimonio, donde no haya nadie capaz de desunir lo que Dios unió, porque ese será el mejor y más vivo testimonio de los padres a sus hijos.

Una Sevilla en la que no exista ni la remota posibilidad de que se pueda deshacer una nueva vida, en la que fieles al precepto divino de «creced y multiplicaos» cada nuevo ser engendrado llene de alegría y gozo la familia y el hogar.

Tendréis que lograr una Sevilla en la que haya trabajo para todos sus hombres, escuelas para todos sus niños, donde se completen los rudimentos de la fe que tienen que beber en el pecho de sus madres.

Una Sevilla reñida con la inmoralidad y la pornografía en la que la hombría de bien se dé la mano con la caridad solapada y discreta que no puede ser rimbombante y publicada.

Tenéis que hacer que el tradicional señorío de la ciudad influya en todos los aspectos y pensad que a vosotros, costaleros esforzados, se os va a entregar la parihuela de un paso.

Ceñid vuestra cintura y apretad vuestros riñones con la faja ancha y negra del sacrificio y la abnegación, calzad el esparto de la sencillez y la humildad para caminar por la vida y preparad el costal del estudio y el trabajo sobre vuestra cerviz porque el empuje ha de ser fuerte.

Pensad que ese paso que se os carga en vuestros hombros lleva cuatro gruesas patas con el peso de muy noble, muy leal, muy heroica y muy invicta y que a ello hay que hacer honor y conservarlo por ser legado que no se puede perder.

Sobre ese paso colocad la tradicional peana, como la llevan los que recorren nuestras calles, y sobre ella lo que como gran privilegio califica y ennoblece a Sevilla, que es ser muy mariana. Estad atentos a que la mano del tiempo se acerque a tocar en el llamador con el NO8DO y el escudo de armas de la ciudad, será el aviso de que ha llegado vuestro momento. Tenéis que meter el hombro para llevar esa carga por toda la Ciudad, por el centro y por los barrios, por las anchas avenidas y las calles estrechas y tortuosas. Pero portándola con responsabilidad, con entrega generosa y con amor a Sevilla haréis un recorrido triunfal hasta el día en que tengáis que transmitirla, a su vez, a vuestros hijos.

Y ahora permitidme que, volviendo a la escena que evocaba al comienzo, os recuerde a vosotros jóvenes de hoy que un día pusisteis vuestra mano temblorosa por primera vez sobre el Misal y vuestro padre y, quizás, vuestro abuelo tuvieron la dicha de explicaros lo que significaba aquel juramento, como, tras la lectura por el Secretario de la fórmula de la Protestación de Fe y renovación de los Votos Marianos, alguien que presidía la ceremonia

como oficiante os dijo en nombre de la Iglesia algo que debe grabarse en vuestras vidas y será la norma que os obligue a cumplir cuanto os comprometete.

No olvidéis lo que se os dijo en aquel momento solemne y se os repite cada año; algo que pesa sobre vuestra conciencia y que yo ahora os recuerdo y así termino: «Si así lo hacéis que Dios os lo premie, si no Él, y yo añadiría y Sevilla, os lo demandarán algún día».

Muchas gracias.

NOTAS

(1) Cofr. Vers. 10.

(2) Al llegar a este punto del Pregón, se desprendió un pequeño trozo de cornisa en una de las bóvedas laterales del crucero sin que, afortunadamente, dañase a ninguno de los asistentes pero produciendo el lógico sobresalto. Interrumpido el Pregón unos minutos al restablecerse la calma el Pregonero improvisó los siguientes párrafos, para, a continuación, proseguir normalmente su disertación.

(3) Cofr. Act. 10.38.